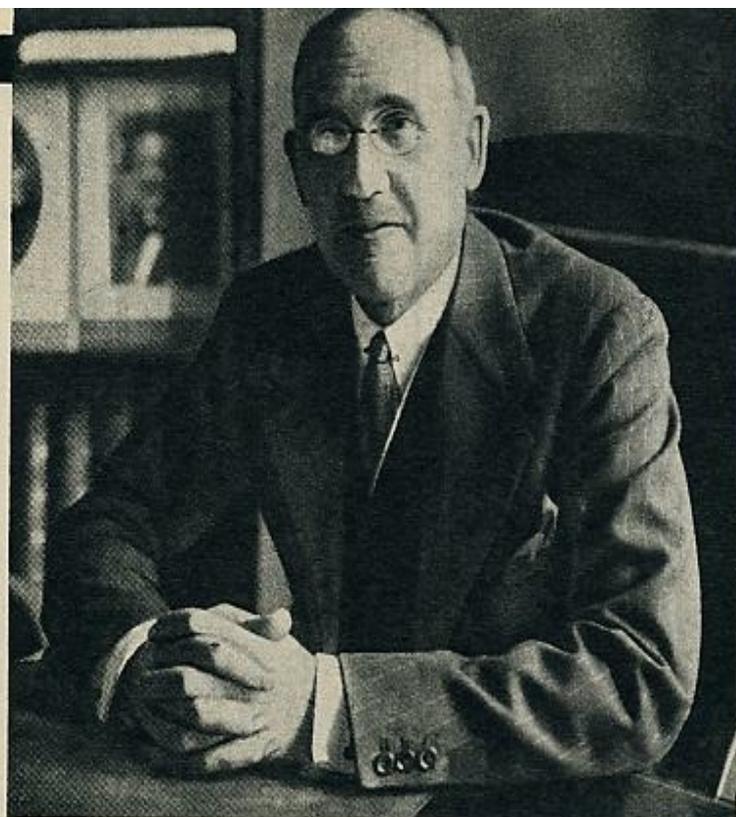


ARNICHES

OTRO

"A RAMON PER



POR lo menos aquí hay un autor español, de nuestra preguerra, en cuya estimación andamos todos —los más viejos, los más jóvenes y los regulares; los realistas y los idealistas— más o menos de acuerdo: Arniches. Claro que las razones de esta estimación son distintas, y unos admiran en Arniches las virtudes que a otros les parecen secundarias. Y hay quien ve mucho, y por dentro, y quien ve sólo lo de fuera. Pero esto es normal y no importa gran cosa, si lo comparamos con las posiciones radicalmente antagónicas respecto de algunos autores, «supuestamente» grandes, anteriores al 36.

Y es que Arniches es un fenómeno dramático que se salva completamente de los males de nuestra burguesía —a la que más bien hostiga, u olvida, al ir a buscar en el pueblo de Madrid su perpetuo protagonista— en la misma hora en que numerosos dramaturgos trabajaban esforzadamente por complacerla. Por estructurar en los escenarios unas visiones aproblemáticas y confortables —o, a lo más, con minúsculas tormentas, de esas en las que sólo los muy torpes perecen— de la realidad. ¿Cómo admitir esta dramaturgia si, con el simple paso de unos años, la vigorosa explosión de numerosos problemas iba a dar fe de la inconsistencia de aquellos ci-mientos presentados como sólidos?

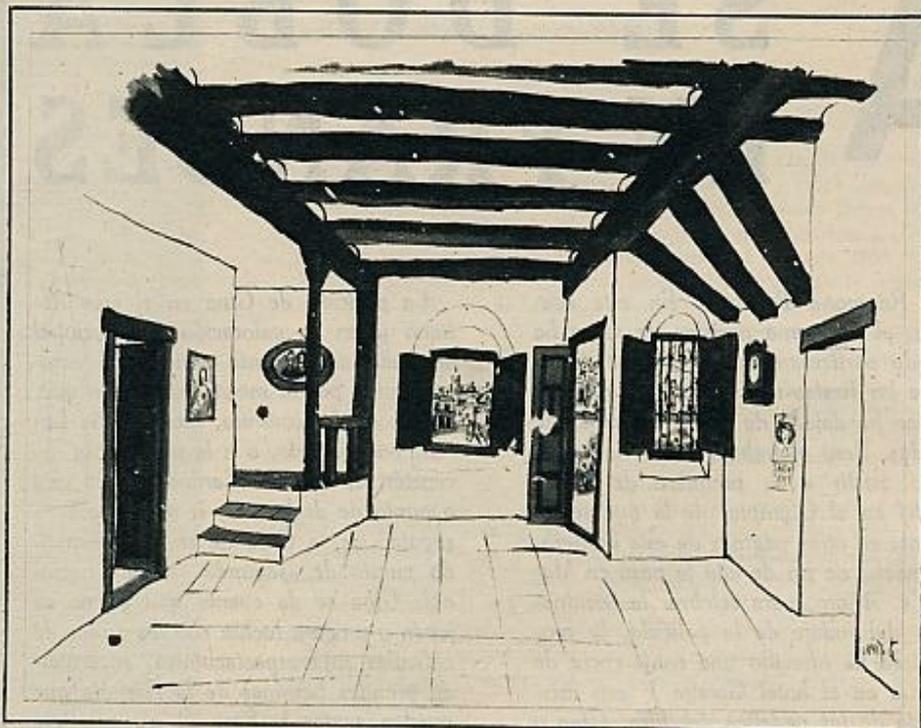
Pero esa es otra historia, y lo que importa aquí es hablar de Carlos Arniches, autor primero de numerosas obras de «género chico» y, cuando éste empezó a languidecer, creador o renovador de importantes formas dramáticas «grandes». Entre las que, por reducirlo todo a un concepto clave, habría que citar las tragicomedias grotescas, a través de las cuales —y esta es una idea de José Bergamín, agudo conocedor de Arniches, con quien emparentó al casarse con una de sus hijas— dio una dimensión satírica, profunda, al simple costumbrismo. Ahí está «Los caciques», para que todo quede claro y en su punto. Ahí están sus tipos populares, su divertido lenguaje —esa especie de «camelo», en el que, en definitiva, acaban todos los personajes que se distancian de la verdad—, sus equívocos, análogos

a los de tanto sainete. Y, sin embargo, ¡qué diferencia tan profunda entre «Los caciques» y cualquiera de esas comedias de costumbres, encerradas y limitadas por la simple fotografía de unos tipos pintorescos!

El segundo acto es singularmente decisivo. Aquella reunión de las «fuerzas vivas», previamente organizada, falsificada de arriba a abajo, con banda de música y alumnos de la escuela municipal, adquiere esa distorsión de lo grotesco, a través de la cual las cosas se ordenan críticamente.

Por eso hay que aplaudir sin reservas su programación en el teatro nacional María Guerrero, a través de la cual cobra Arniches una especie de pública ratificación de su vigencia y su categoría. Hay que hablar de Arniches y ver cuanto le distingue de aquel teatro ocasional, fotográfico, un día vivo y hoy ya con sabor rancio. Hay que estudiar por qué Arniches lleva tanto público al María Guerrero. Por qué está definitivamente fuera de esas temporadas de teatro puramente nostálgico, al estilo de la que inició en el Goya José Alfayate hace un par de años... O, hace poco, Gabriel Llopart... Hay que estudiar a Arniches, no desde el ángulo historicista que ampara a tanto cadáver ilustre, sino desde la realidad de la escena española del 62. Desde lo mucho que cabe aprender en él. Desde la admiración, por ejemplo, de Carlos Muñoz, uno de nuestros autores jóvenes combativos más brillantes...

La temporada del María Guerrero andaba, económicamente, mal. Ni la espléndida «Soledad»,



«Los caciques». Teatro María Guerrero. Director, José Luis Alonso. Boceto decorado del primer acto, de Mingote.

ARNICHES, A VECES

“EZ DE AYALA, MI MAYOR EXITO”

de Unamuno, ni «Juana de Lorena», de Maxwell Anderson, ni «El cerezo y la palmera», de Gerardo Diego, habían llevado público al teatro. José Luis Alonso, su director, quería jugar la carta de un autor novel español. Tenía en su poder obras de Rodríguez Méndez, Carlos Muñoz, Leopoldo Martínez Fresno y algunos más. Había división de opiniones en el Consejo Superior, encargado de aprobar la programación. Surgió la idea de Arniches. Se pensó en «Los caciques», aherrojada hasta ahora por innumerales cortes de censura. Tal párrafo no se podía decir. Tal otro tampoco. Se le quitaron esos hierros y «Los caciques» subió al María Guerrero.

El éxito ha sido absoluto. Para el teatro oficial, por muchos aspectos. Para su director e intérpretes. Para Mingote, el decorador. Y hasta para esos autores jóvenes que no estrenaron y que hubieron de ceder el paso a un drama, en el que muchos de ellos tendrán que reconocer el antecedente de su actitud crítica. Y digo éxito para ellos, porque en el triunfo de «Los caciques», de su texto y de su honrado espíritu crí-

tico, está el triunfo de cuantos trabajan por un teatro realista.

Cuentan que Arniches era un hombre muy modesto, no siempre entendido por los críticos. Y que cuando Ramón Pérez de Ayala, un crítico «intelectual», le elogió, Arniches se quedó sorprendido. Por eso le dedicó un libro en estos términos: «A Ramón Pérez de Ayala, mi mayor éxito.»

Pienso que hoy Arniches se sentiría feliz al ver que cuantos trabajan por una consideración cultural del teatro tienen por él una gran admiración. Ya fue bonito que Arniches, que llenaba tantas veces el teatro, considerara a Pérez de Ayala su «mayor éxito». Hoy la evolución del teatro da la razón a los dos: a Arniches y a Pérez de Ayala. Porque, al margen de las orientaciones e impronta que cada época impone a un teatro, una cosa parece clara: Arniches y Pérez de Ayala entendían y buscaban, en el teatro, la verdad.

J. M.

“TAMBIEN LAS MUJERES PERDIERON LA GUERRA”

de Curzio Malaparte

ES una lástima que esta obra se haya estrenado en España con tanto retraso. Lo que no significa, claro está, que no siga siendo una pieza que vale la pena considerar. Por eso, en esta crecida del teatro madrileño —con Strindberg, Betti, Lope y Arniches en cartel— la presencia de Malaparte ha de ser registrada con signo positivo.

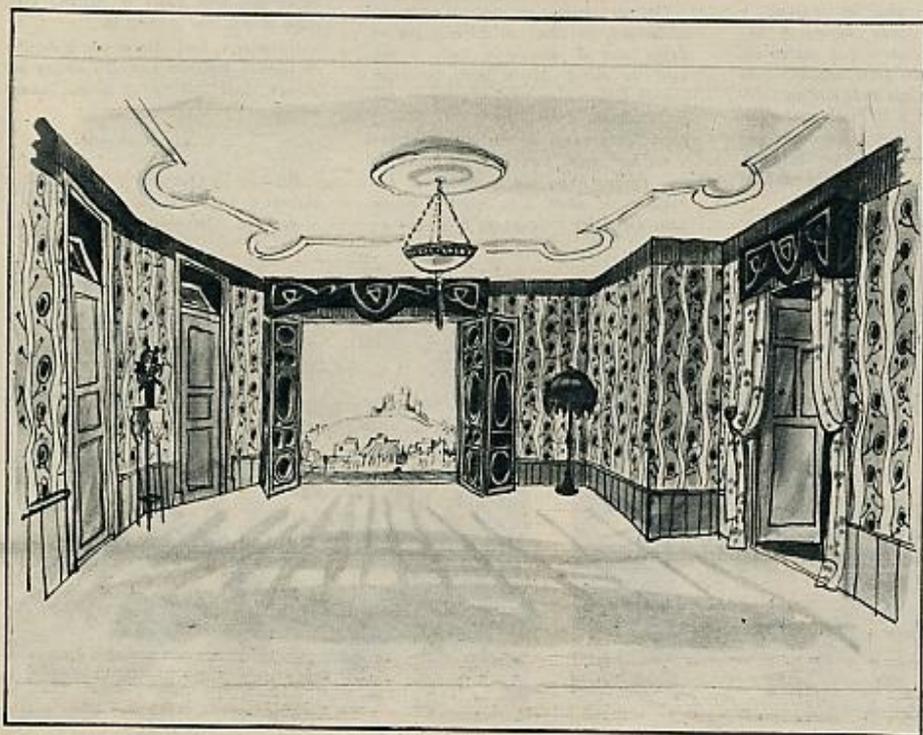
Malaparte es un buen testigo de la última guerra mundial. Y lo es por diversas razones, entre las que me parecen esenciales su condición de «no beligerante» y su capacidad «intelectual». Elementos ambos que nos garantizan un testimonio imparcial y serio.

«También las mujeres perdieron la guerra» es, evidentemente, un drama antibélico. Lo es, por la misma razón que lo son todos los testimonios de la violencia. Una mujer vienesa es sometida a «servicios de recreo» de los soldados ocupantes, la hermana del soldado austriaco, de organizar el servicio, nos aclara que también su mujer conoció idéntica suerte a manos de los invasores de su país. No hay, pues, división de buenos y malos. La guerra produjo los mismos males en todos los países. O sea que, de algún modo, podría decirse que «todos perdieron la guerra». Los dos bandos.

Por eso, al final, cuando desfila el ejército ocupante, la hermana del soldado austriaco, muerto luchando contra ese mismo ejército, exclamará: «¡Los soldados! ¡Podría ir Hans entre ellos!»

Es, pues, un drama que podría suscitar una larga crítica y desde muy diversos ángulos. Un drama importante, adscrito a la literatura pacifista. Con respecto a su estructura, hay que decir que se advierte con demasiada evidencia la inexperiencia teatral de su autor. El tratamiento de los personajes, sus reacciones, resultan, a menudo, muy arbitrarios. Es difícil seguir y entender a aquellos personajes, alguno de los cuales, como el de Lill —que interpreta Pilar Laguna—, resulta absolutamente incoherente. ¿Cómo una niña de diecisiete años puede creer que todos aquellos soldados que entregan un vale de suministro, a cambio de pasar un tiempo con su cuñada, van allí a recibir clases de alemán? Y como éste cabría citar otros ejemplos, dentro de un mosaico de psicologías a través de las cuales Malaparte quiere mostrar a la «humanidad» debatiéndose contra los horribles condicionamientos impuestos por una guerra.

La versión de Lozano Borroy está bien, pero creo que abunda en algunas expresiones que suenan a tópicos de nuestra hora. Nuria Torray, a pesar de la evidente falta general de ensayos, demuestra de nuevo que es una de las actrices más interesantes y con más posibilidades que tenemos. Una escena de Pilar Muñoz, a quien aplaudieron el mutis, y el sólido trabajo de Gabriel Llopert, me parecen lo más destacable de un reparto que ofrecía el aliciente de la reaparición de María Fernanda Ladrón de Guevara. La dirección de Salvador Salazar tuvo un fallo del que, sin duda, él es inocente: faltaban ensayos. Los decorados, de «Pato», respondían a las demandas naturalistas del drama. El público aplaudió y el telón se levantó repetidas veces al finalizar cada uno de los actos.



«Los caciques». Decorado segundo y tercer acto.